

Noticiario

Según piensa una gran parte del mundo actual, el reinado de la democracia camina apresuradamente hacia su ocaso. Hace unos cuantos lustros era el comunismo el que traería al mundo ese bienestar que se perdió allá en el paraíso terrenal, pero resulta ahora que una nueva doctrina política abrasa con impetuoso ardor el corazón de muchos millones de hombres: el facismo, o nazismo, como se le designa en Alemania. En la práctica no se ve aún quienes son los que han descubierto el verdadero panacea que aminore el sufrimiento humano y haga más amable la vida en todas las capas sociales. En el último número de la Revue de París, aparecido con anterioridad a la guerra, Denis de Rougemont, esboza una interpretación original y novedosa, a la doctrina del nacional-socialismo. Estima Rougemont que es esta la forma política y colectiva que en los momentos actuales asume el romanticismo alemán del siglo pasado. Basa sus reflexiones, en una obra de Alberto Beguin, «El alma romántica y el sueño». Por considerarlo de interés para los lectores de «Atenea» transcribimos un fragmento de este ensayo, a la vez curioso y penetrante.

«El movimiento hitleriano—dice Rougemont—en su esencia se me aparece como un romanticismo político. Y en el podemos encontrar, transportados al nivel inferior y colectivo de la psicología nazi, procesos análogos a los descritos. El nacional-socialismo surge como una reacción de defensa a la humillación

colectiva infligida a los alemanes por Versailles, por la derrota, por la miseria pública. He aquí la herida, la decepción sentida no por un individuo, sino por una nación entera en sus relaciones con el mundo real. De ahí la impresión de culpabilidad, inaceptable e inconfesable (a causa del orgullo nacional) y ese sentimiento de culpabilidad rechazado con fuerza y negado ruidosamente (todos los discursos de Hitler proclaman desde el principio que los alemanes no han perdido la guerra) produce un sentimiento de falta de seguridad nacional. La verdadera Alemania, no puede ser la que ha sufrido la «herida». Hay que buscarla en otra parte: en un sueño de poder y liberación en el más allá. Neguemos pues, esa realidad que nos oprime tan meticulosamente, todos los artículos del tratado que nos acusan, todas esas reglas del juego político inventadas por racionalistas. Y así como el romántico olvido su yo detestado, perdiéndose en las fiestas del sueño, el alemán medio se pierde en el alma colectiva, en la hinopsis de las fiestas sacras organizadas por el Führer, en el ritmo lento y mágico de los desfiles y de los tambores. Se le ha dicho que no cuenta como individuo consciente. Se ha dicho que su verdadera vida está en las manos del partido, de un demiurgo anónimo del cual sólo tiene que recibir órdenes, sin tratar demasiado de comprenderlas como «pasivo». La masa alemana trata de recuperar su perdida unidad en un mundo supra personal, en donde se borran los límites hostiles. Esto nos hace comprender muchas cosas: la supresión del derecho romano; el desprecio de las fronteras y de las obligaciones, el culto de los muertos restablecidos, el sueño de expansión indefinida, la afición a la guerra, (prefiguración de la muerte, siempre soñada por los grandes apasionados) y la voluntad de encerrarse en una realidad impenetrable; indecible, incomunicable y que no tiene razones que dar: la autarquía material y moral.

«En Alemania—proclamaba recientemente Goebels—no se imponen al pueblo opiniones diversas sobre las cuales debe elegir: el pueblo no quiere elegir; quiere que le presenten la opinión

justa... Nuestra política es una política de artistas. El Fuhrer es un artista de la política. Su Estado es el producto de una imaginación genial».

«Una política de artistas, una política de romanticismo colectivo: he aquí la pesadilla que sueña a nuestro lado el Tercer Reich sonámbulo. ¿Qué podrá provocarle un brusco despertar? Esta enfermedad exige un tratamiento largo tanto de naturaleza espiritual como económico. La lucha que hoy se libra en el secreto de la conciencia alemana, es una lucha religiosa. Es el encuentro entre una religión del inconsciente colectivo y una fe que quiere expresarse por la palabra y el acto colectivo».

* * *

La Universidad Autónoma de México, acaba de publicar un nuevo tomo de «Crónicas de la Conquista de México». La introducción, selección y notas de este nuevo libro que trata de los diversos episodios de la conquista del Imperio Azteca, está hecha por Agustín Yáñez, quien según el comentarista, que escribe sobre esta obra, en la revista «Abside», ha logrado hacer de estas crónicas un todo armonioso y bello en sí, e interesantísimo a seguir—a través de los diversos cronistas—la trayectoria épica de la Conquista y los orígenes de la nacionalidad mexicana.

En estas páginas el lector encontrará la relación de la expedición de Juan de Grijalba, hasta la reconquista y destrucción de Tenochtitlan. También la carta relación de Hernán Cortés y la verdadera historia de Bernal Díaz del Castillo.

* * *

En el último número de la revista «Estudios» que se publica en Buenos Aires, León Pardini, emite el siguiente juicio sobre la obra «Arqueología de la Región Atacameña» de don Ricardo E. Latcham:

«Un libro que arroja más luz, sobre la interesante cultura de un pueblo cuya sede principal, fué la provincia de Jujuy por el lado argentino y la de Antofagasta por el lado chileno. Cultura muy anterior a la incásica que invadió aquellas regiones, sólo a mediados del siglo XV, y cuyas huellas son allí, en realidad, poco notables.

«Aprovechando algunas obras ya existentes, y sobre todo y ante todo, valiéndose de los resultados de múltiples excavaciones e investigaciones, hechas por el mismo, el Director del Museo Nacional de Chile, nos presenta una obra de original y de conjunto, que nos permite apreciar el grado de desarrollo a que llegó la cultura de aquel pueblo».

* * *

Editado por Ercilla, Antonio Roco del Campo, ha publicado una antología literario descriptiva del paisaje y las costumbres nacionales, a la cual ha dado el título de «Panorama y color de Chile».

En el prólogo, Roco del Campo explica el método que ha seguido para reunir en este volumen las mejores páginas que se han escrito, por chilenos, sobre el paisaje y las costumbres, considerando para ello a los autores del siglo pasado que juzga como clásicos de nuestra literatura: Lastarria, Barros Grez, Vicuña Mackenna, Pérez Rosales, Blest Gana y otros del mismo valor y significación. Hace notar, que los hombres que iniciaron aquella generación de 1842, estimulados por el célebre discurso de Lastarria en la Sociedad Literaria, desaparecen en el vórtice de los acontecimientos que provocan la guerra del Pacífico y más tarde la revolución de 1891. Por este motivo las actividades literarias en nuestro país, casi desaparecen en el último decenio del siglo pasado. Es con la generación del novecientos, cuando se opera una robusta reacción, que da a conocer un interesante grupo de jóvenes escritores que enriquecen con sus producciones a la li-

teratura chilena. Es por esa época cuando adquieren nombradía poetas como Samuel Lillo, Diego Dublé Urrutia, Carlos Pezoa Véliz, que describen en sus versos, el mar, el campo, la cordillera: el roto, el minero, el pampino, el huaso, encuentran en estos hombres la comprensión que exalte las virtudes de la raza. En sus cantos está la descripción del paisaje, el sabor de las costumbres y todo aquello que tienen un encanto nativo enraizado en la tierra chilena. Este mismo camino siguen prosistas como Baldomero Lillo, Augusto D'Halmar, Rafael Maluenda, Federico Gana, Januario Espinosa, Guillermo Labarca, Fernando Santiván, Mariano Latorre y otros que hacen obra de chilenidad. La inquietud artística se robustece y los contemporáneos que vienen en seguida, salvo algunas excepciones, se apoyan en la realidad nacional para hacer su obra.

De todos ellos, Roco del Campo, con acierto y buen gusto ha escogido un jirón de su obra, tratando de esta manera darle unidad para que refleje el color de Chile. También la integran algunos nombres extranjeros, como los de Pierre Loti, Eduardo Marquina, María Graham y Ricardo E. Latcham. Es lástima sin embargo que no aparezca nada de Diego Dublé Urrutia ni de Samuel Lillo, que son los primeros en describir los motivos típicos y el paisaje chileno en sus distintos y variados aspectos. Salvo este y otros reparos que podrían hacerse al libro de Roco del Campo, en todo caso representa un esfuerzo de gran valor y significación que merece el encomio y la más entusiasta acogida, porque como dice con razón la nota de la editorial «es un libro, en el que no obstante existir, tan poco suyo, hay mucho, porque la esencia de su espíritu y su buen gusto han sido puestas a contribución para reunir el admirable manojito de estas páginas fieles e incitantes. Panorama y Color de Chile», será un libro de permanente valor.

* * *

«Melillanca» es el título de un volumen de relatos breves

que acaba de lanzar la editorial «Yunque». Ernesto Eslava, su autor, es un joven que comienza a escribir. En las páginas de este libro se advierte muy pronto, la lucha que se entabla entre las ideas que agitan su mente de escritor, y la dificultad que encuentra en sus primeros tanteos con el estilo, para dar forma a su prosa, para darle ese ritmo sostenido y seguro que el narrador necesita para convertir un relato en una verdadera obra de arte. Hay en Eslava, condiciones de observador y esa inquietud espiritual, que empuja al hombre que siente adentro el hormigueo de aquello que se quedó en su sensibilidad, como un latido de vida permanente, y que pugna por aflorar y transformarse en una concepción que lleve ese soplo vital, que la eche andar y a tener una vida propia; pero aún no logra encontrar el secreto que le ayude a darle consistencia y fuerza a sus narraciones.

Sin embargo hay en este su primer libro, dos relatos que anuncian frutos más sazonados. Uno de ellos trata con acierto y emoción el drama de un niño que fracasa en sus exámenes, en cuyo éxito ha puesto su más fuerte anhelo. Ese fracaso lo convierte en un rebelde al cual no hay después medio de interesarlo por el estudio. Asoma en el relato también, la rebeldía del autor hacia los profesores que no se interesaron por acercarse más al alma de los niños. Melillanca, la narración que le da el título al libro, es la mejor realizada. Se trata de un indio, cuya mujer, Mairén, está poseída por los espíritus malignos, que arrastran a ambos a una espantosa tragedia.

Ernesto Eslava, que ha vivido la mayor parte de su existencia en el sur, hará seguramente en el futuro bellos relatos de ambiente, en los que sabrá aprovechar mejor sus condiciones congénitas de escritor.

* * *

«Granitos de Arena», es el título de un libro, que lanzará en breve la Editorial Letras. Su autor, Benedicto Chuaqui, miembro

prestigioso de la colonia árabe residente en Chile, es un idealista que lucha por hacer que los hombres no se olviden de aquellos principios morales, en que deben estar inspirados todos los actos de la vida. Hay en él un ansia de armonía, un noble deseo de que el bien, generosamente prodigado, sea el único camino que rijan el alma humana. Y esto, claro está, es casi una quimera, pero en ningún caso le quita la fuerza ideal que el autor ha puesto en su obra, que es de amor y de buenas intenciones hacia el prójimo. No le importa que sus palabras caigan en almas áridas, secas y negadas a toda emoción. Un halo de ensueño las fortalece, y así, vemos que estas páginas están henchidas de una fe y de un optimismo, raro en estos tiempos, pero que demuestra la estructura moral del autor, que es en realidad un apóstol de sus propias convicciones. Tiene un alma de sembrador, que lucha por mejorar la calidad de la tierra que trabaja. La semilla es buena—dice—y una vez habrá de fructificar. Está en eso cumpliendo aquel viejo precepto que dice: «todas las cosas bellas son difíciles».

El libro de Benedicto Chuaqui, tiene la virtud del agua clara. Explica directamente su intención. Hay en su corazón el suficiente amor y la bondad necesaria que lo pone a cubierto de desengaños e incomprendimientos. Tiene una energía espiritual y quiere gastarla ilusionadamente, sin poner en este afán, especulaciones de ninguna especie. Ha puesto a su libro, como un pórtico, que explica su ansiedad ideal, aquel versículo del Evangelio de San Mateo: «Quien tenga oídos para entender, entienda». Es un libro que hará bien. Un libro reconfortador en estos tiempos que corremos.

* * *

«Reino de Angustias» es el título de un nuevo volumen de poemas de Daniel de la Vega, que acaba de editar Nascimento, en una hermosa edición. La inquietud poética de Daniel de la Vega es un manantial inagotable, que surge limpio y claro, con

maravillosa fluidez exornada de ricos matices sentimentales. Luces de penumbra, vagan a ratos en sus estrofas cuando el amor ya ha pasado, y no queda en el corazón del poeta sino su sutil aroma de olvido. En otras ocasiones el verso se yergue y hay en él una suave armonía, una sonoridad, sin estridencias. Las palabras tienen una sugestionante hechicería, un arrullo de ensueño, una gracia liviana humedecida en emoción. La vehemencia no llega a la exaltación, porque adquiere un alado encanto de caricia que se embriaga en una policromía de imágenes que revolotean alrededor del motivo que les infunde vida. De la Vega, tiene como poeta, una característica inconfundible. Todos los motivos que le induce a escribir, los vacía en emoción para darles forma. En este soneto con que inicia su «Reino de Angustias» puede apreciarse la verdad de esta afirmación. Es un bello cuadro en que describe el amanecer en un rincón aldeano:

Desgarra el campanario soñoliento
un enredo de brumas. Paz serrana;
y el primer carretón de la mañana
hace pedazos el encantamiento.

Gotean los aleros. El convento
despierta su humildísima campana.
Muge una vaca, se abre una ventana
y un caño de agua vierte su contento.

Una muchacha va hacia el agua clara,
hunde la poesía de su cara
y muestra un pecho elástico y caliente...

Ningún varón logró ver ese encanto,
pero la albada se avergüenza tanto
que incendia todo el cielo del oriente.